

LA MISTAGOGIA, RELECTURA DEL MISTERIO PROFESADO Y CELEBRADO

Daniel Laliberté¹

La palabra “mistagogia” está en boca de muchos desde hace algunos años. Su reaparición en el vocabulario catequético depende seguramente en buena parte de la presencia en una sección del “Ritual de Iniciación Cristiana de adultos” llevando el nombre de “Tiempo de la mistagogia”. Esto depende probablemente de la convicción de que todo no se termina con una celebración sacramental y que la catequesis tiene todavía su lugar después de la celebración. En este taller, se tratará de explorar los fundamentos teológicos de los lazos entre la catequesis y la liturgia, luego proponer ciertas pistas prácticas para ponerlas en obra en el cuadro de las actividades de tipo mistagógico.

EJERCICIO A: EXPLICAR UN RITO: ¿ES POSIBLE?

En el ejercicio las personas participantes se colocan por parejas, cada persona jugando un rol particular. En cada pareja, una persona tiene la responsabilidad de explicar el significado del gesto simbólico de la triple inmersión bautismal a la otra persona, la otra persona tiene como consigna tomar la posición de alguien

¹ Doctor en Teología con especialización en teología de la iniciación cristiana. Magister en Teología con especialización en Evangelios Sinópticos. Director del Centro archidiócesano de catequesis de Quebec, asociado a la Universidad de Laval en Canadá.

que no conoce casi nada de la fe cristiana, por ejemplo un catecúmeno al comienzo de su itinerario, o también un padre que se presente para un encuentro después de una petición de bautismo de su hijo. Esta persona está en modo: ¿por qué? No debe tragar las respuestas hechas y rebatir constantemente, poniendo a la persona que explica “en una situación difícil”.

Este ejercicio hace tomar conciencia que intentar explicar correctamente la significación de un gesto simbólico utilizado en la liturgia es algo prácticamente imposible, hay que volver a recorrer todo el kerygma.

El ejercicio que acabamos de hacer nos pone frente a la problemática global del taller: la liturgia tiene su lengua propia, un lenguaje que con toda evidencia no es audible a “todo el que viene”: una comprensión suficientemente cristiana del rito requiere una preparación esencialmente catequética. Para poner todo en su lugar y venir a hablar de mistagogia, será necesario aportar algunas precisiones en cuanto a la naturaleza de la liturgia y la naturaleza de la catequesis.

Tres elementos determinantes del “género literario” liturgia

- **Sumergirse en una atmósfera única, original**

Lo que es lo más evidente, que cuando se introduce en un espacio litúrgico, es cuando se encuentra “a los otros”: entrar en una iglesia, es franquear un umbral entre la vida de la calle y el espacio sagrado. Este “los otros” de la liturgia puede también manifestarse en el lugar más ordinario, por el hecho de instalar una atmósfera particular. Esto hace que incluso una persona no familiarizada con la liturgia cristiana volverá a sentir espontáneamente el carácter diferente, sagrado, del lugar.

- **Una manera particular de expresarse**

El lenguaje específico de la liturgia se despliega según dos registros: el de las palabras y el de los gestos simbólicos.

Primeramente, el lenguaje verbal utilizado en la liturgia es de un género de hecho particular. No toma el tono de los tratados de teología, sino más bien los textos tienen el tono más evocador, a menudo incluso poético. Esto se manifiesta en los cantos.

Incluso esto se ve en textos de los rituales, como ilustra bien esta oración después de la comunión:

En la resurrección de Cristo, nos has recreado para la vida eterna. Por tu Espíritu Santo, multiplica en nosotros los frutos del Sacramento pascual: haznos tomar nuevas fuerzas en este alimento que lleva a la salud: haznos fieles a tus mandamientos y permaneceremos en ti, por Jesús, nuestro Señor.

Por estas palabras, es toda la fe cristiana, en lo que tiene de más esencial, que se proclama. Incluso, la oración eucarística, sin tener el estilo "credo" constituye también una profesión de fe integral en Dios Padre, que quiere darnos su Espíritu, el cual nos ha hecho accesible por nuestra asociación a la muerte y a la resurrección de Cristo y nos constituye a nosotros como Cuerpo/Iglesia. No obstante, esto está dicho en un lenguaje donde la fe cristiana no es explicitada sistemáticamente sino simplemente evocada. Aquí no se trata de explicar el contenido de la fe, sino hacerlo presente en el corazón de los participantes que pertenezcan ya a Cristo y que se refieren no primeramente a comprender mejor esta fe sino a vivir una experiencia de comunión con Cristo y con sus hermanos y hermanas.

• Los gestos "que acompañan a la Palabra"

Luego, el recurso a gestos simbólicos constituye el elemento más característico de la liturgia. Esto nos llama a esta facultad que el espíritu humano de representarse mentalmente cosas y crear asociaciones: un poco de agua nos recuerda la vida y la muerte, un poco de pan nos recuerda todo un festín, etc. Se trata aquí de llamar a la conciencia una dimensión abstracta de la vida por la presencia

de un elemento concreto que estimula los sentidos: para evocar la fuerza, el aceite: para representar la elevación de los corazones, el humo oloroso del incienso, etc. El gesto simbólico no es propio de una liturgia: un apretón de manos, una tarta de cumpleaños, el corte de cinta cuando hay una inauguración son actos de este tipo. Lo específico de la simbología litúrgica será entonces el reenviar constantemente a la Alianza entre Dios y el hombre en Jesucristo.

El lenguaje simbólico sirve igualmente para la comunicación de los participantes los unos con los otros. Por consiguiente esta comunicación no es posible más que si la significación dado a los símbolos no difiere de manera importante de una persona a la otra. Del mismo modo que, para poder comunicarse oralmente, cada uno no puede dar a las palabras el sentido que quiere darles, de lo mismo va el lenguaje simbólico: para que sea realmente lenguaje, cada uno no puede decidir dar a tal gesto simbólico el sentido que quiere. Como con las palabras, se trata sobre todo de utilizar, entre los símbolos cuyo grupo ha definido el sentido, el que corresponde a lo que se quiere decir.

La liturgia comunica pues en medio de gestos simbólicos, utilizando objetos y gestos capaces de hacernos pasar de un primer grado – el de la materialidad llana – a otro grado, el de las realidades espirituales. Por consiguiente estos gestos simbólicos destinados a expresar la fe cristiana, llevan al punto de partida a un amplio potencial de significado. Por ejemplo, el agua es uno de los símbolos más universales, utilizado en prácticamente todas las tradiciones religiosas. Así, cualquiera cuando ve un bautismo toma fácilmente dos cosas: se trata de un gesto de integración al grupo, y lleva probablemente una dimensión de purificación. Pero sin iniciación a la fe cristiana, es imposible descubrir por sí mismo que se trata de una relación íntima con Cristo muerto y resucitado que se juega allá, y por consiguiente que la integración en la Comunidad Eucarística grupal consiste en llegar a ser discípulo de Jesucristo, muerto al pecado y ya resucitado con él.

AUDICIÓN/VISIÓN: CONCIERTO PARA PIANO DE MOZART

La audición del concierto de Mozart se hace en tres tiempos, el primero sin comentarios, el segundo después de un comentario de Eric-Emmanuel Schmitt sobre este concierto, el tercero añadiendo el visionado de un video. Esto nos hace tomar conciencia de la manera que “la palabra acompaña” orienta la audición y la comprensión.

Para hacer pasar el símbolo de un sentido general a un sentido específicamente cristiano, es necesaria la “Palabra que acompaña”: cuando el ministro, en el momento del gesto del agua, dice: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu” no es más que cualquier gesto de purificación, es una inmersión en la muerte de Cristo y una resurrección con Él. Recordamos sin embargo nuestro ejercicio de partida: esto no es por una explicación de gestos utilizados que se llegará a preparar a alguien a vivir con sentido una celebración litúrgica cristiana. Esto requiere un itinerario catequético “orgánico e integral”, iniciando realmente en el corazón de la fe cristiana, al kerigma, no como a un conocimiento teórico sino en tanto como experiencia de comunión a Cristo.

Se puede concluir que las tres características de la liturgia evocadas antes, sea el entorno propio al lugar litúrgico, el tipo de lenguaje utilizado verbalmente y el recurso a los gestos simbólicos, hacen de la liturgia una actividad eclesial única, original, en la cual no se puede entrar sin una preparación significativa, pues entonces no se reparará que algunos elementos de lo sacro, sin ser capaces de acceder al sentido profundo de los gestos puestos. Esto llama pues a una preparación particular, que será el rol de la CATEQUESIS: esta contribuirá a dar al lenguaje utilizado que sea “audible” para las personas que se encuentran inmersas en la liturgia.

Algunos elementos de definición de la catequesis, y especialmente de la catequesis de iniciación

“Se trata de conocer a Jesucristo...” (Filipenses 3)

Un breve pasaje de Pablo nos habla de lo que es esencialmente la experiencia cristiana:

Completamos con un corto extracto del Directorio General para la catequesis (1997) que expresa el fin último de está.

“El fin último de la catequesis es poner a alguien no solamente en contacto, sino en comunión con Jesucristo” (DGC 80)

Estos dos pasajes afirman que la experiencia cristiana fundamentalmente se sitúa en el registro de una relación íntima con Cristo, que toca a lo más profundo del ser, apoyándose en una experiencia inaugural fuerte: haber sido atraído por Cristo. He aquí lo que se refiere a la catequesis. Hacer conocer el Dios de Jesucristo, de una manera tal que pueda resultar una comunión de amor.

Profesar la fe “a partir del corazón”

Otro pasaje del Directorio precisa lo que busca la catequesis de iniciación. Este extracto es determinante pues concierne explícitamente a las relaciones entre catequesis y liturgia.

Esta formación orgánica es más que una enseñanza: es un aprendizaje de toda la vida cristiana, «una iniciación cristiana integral», que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su Persona. Se trata, en efecto, de educar en el conocimiento y en la vida de fe, de forma que el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se vea fecundado por la Palabra de Dios. Se ayudará así al discípulo de Jesucristo a transformar el hombre viejo, a asumir sus compromisos bautismales y a profesar la fe desde el « corazón » (DGC 67)

La catequesis de iniciación no sirve para prepararse para una celebración sacramental, sino más bien para suscitar una opción por Cristo, estando “todo entero fecundado por la Palabra”. Este camino debe conducir a “profesar la fe a partir del corazón”. Se refiere aquí a un gesto litúrgico, la profesión de fe. Sin embargo, “a partir del corazón” significa bien que, al momento de apoyarse en este acto litúrgico, no se tratará únicamente de una fórmula aprendida de memoria, sino de la expresión oral de una disposición interior de comunión al Dios Padre, Hijo y Espíritu.

La catequesis (...) hace madurar la conversión inicial, hasta que se convierte en una profesión de fe, viva, explícita y actuante. (DGC 82).

Esta expresión “profesión de fe viva, explícita y actuante” vuelve a recuperarse en el Directorio cuando se trata de presentar los objetivos de la iniciación cristiana. Se encuentra todavía esta asociación entre los gestos litúrgicos y la disposición interior que llama a este gesto a fin de ser puesto en verdad.

Así, la iniciación cristiana, concluyendo en celebraciones sacramentales, no está primeramente orientada hacia las celebraciones, sino hacia la vida cristiana que será llamada a desplegarse más allá de esos momentos rituales. Sin embargo, lo que se celebra en la celebración, en tanto que acto del lenguaje, dirigida tanto a Dios como a otras personas presentes, tendrá un gran valor.

“Conducidos en tiempo oportuno a celebrar los sacramentos” (RICA 36)

El Ritual de iniciación cristiana de adultos habla también de las relaciones entre catequesis y liturgia. Citemos a granel tres extractos, que comentaremos inmediatamente.

Este itinerario supone una preparación: los candidatos son así fortificados espiritualmente y conducidos en tiempo oportuno a recibir con fruto los sacramentos de la Iglesia (RICA 36)

Con la celebración de la llamada decisiva termina el tiempo de catecumenado en sentido estricto, y su amplia formación de espíritu y de corazón. Antes, se requiere por parte de los catecúmenos:

- Una conversión de la mentalidad y las costumbres, y una práctica de la caridad;
- Un conocimiento suficiente del misterio cristiano y de la fe clarificada (RICA 128)

Para que todo se haga en verdad, es necesario que antes del rito litúrgico se de una deliberación sobre la aptitud de los candidatos realizada por los que los han tratado... (RICA 132)

Hablamos de una preparación que conduzca a celebrar “con fruto en tiempo oportuno los sacramentos”. ¿Cuándo se dará esta oportunidad? Las dos últimas referencias precisan que el tiempo del catecumenado propiamente dicho, que será cerrado con la celebración de la llamada decisiva, se acaba cuando con el discernimiento nos permitimos decir que la persona manifiesta particularmente un conocimiento suficiente del misterio cristiano. ¿Suficiente para qué? La liturgia nos da la respuesta: suficiente para que la profesión de la fe litúrgica se haga “a partir del corazón “ y sea “viva, explícita y activa”.

Así, la catequesis no tiene por objeto preparar celebraciones litúrgicas y sacramentales. Educa a la vida cristiana, en todas sus facetas. Sin embargo, vendrá el tiempo cuando esta vida cristiana y la opción para el Cristo que llama, deberán expresarse a los ojos de la comunidad, en un gesto litúrgico. Y el sacramento que, en principio, cierra el trayecto iniciático, es la eucaristía, por la cual el fiel afirma querer “hacer de toda su vida una ofrenda a Cristo”, “hacer esto” “en memoria de Él”. Esto nos dice bastante bien que la catequesis de iniciación deberá permitir alimentar la comunión con Cristo en toda su vida, sabiendo que en esta comunión vital encontrará su expresión tanto como su fuente en la celebración eucarística.

De la catequesis a la liturgia

Desde el principio de este taller, hablamos de liturgia y de catequesis, y comenzamos a divisar las relaciones que pueden anudarse entre ellos. Hay que ser ahora un poco más sistemático, para ver cómo esto se jugará en el mistagogia.

Ejercicio B: ¿De quién son estos ojos, de quién esta boca?

Presentamos sucesivamente en la pantalla bocas o pares de ojos, pidiéndoles a los participantes tratar de identificar a los propietarios. Este ejercicio revela de una parte que la capacidad de identificar al propietario de una boca o de un par de ojos depende de la familiaridad con esta persona, o por lo menos con su imagen; por otra parte, que nuestra memoria tiene esta capacidad asombrosa de reconstituir toda una cara a partir de algunos elementos característicos.

Hacerse DISPONIBLE para que la fe se expresa litúrgicamente

La liturgia lleva en ella su limpia capacidad de reunir la cabeza, el corazón y el espíritu, pero con una condición: qué una preparación sólida catequética hubiera devuelto la cabeza, el corazón y el espíritu DISPONIBLES para esta propuesta en modo litúrgico. Suscitar esta disponibilidad consiste en cierto modo en guiar a la persona hasta un umbral a partir del cual la liturgia puede ser significativa para ella. ¿En efecto, la liturgia nos invita a un juego del tipo “¿de quién es esta nariz, de quién es esta boca?”. Así como lo dijimos, la liturgia, aunque profesa la fe de modo completamente ortodoxo, lo dice de modo condensado, abreviado, evocador. ¡Presenta a veces los ojos, a veces la nariz, muy raramente toda la cara al mismo tiempo! Toma por experiencia que al utilizar tal giro, tal gesto, esto será recibido y comprendido por los miembros de la asamblea. La liturgia considera pues que las personas son capaces de UNIR tal o tal formulación litúrgica al kerigma ya conocido, a la fe ya integrada. La liturgia presenta los ojos, la nariz o la boca”,

reenviando a cada miembro de la asamblea a su memoria de la cara entera.

Habría pues que preguntarse: ¿qué tipo de paso que precede a la liturgia puede devolver a una persona bastante familiarizada con la fe al Cristo muerto y resucitado para reconstituir bastante espontáneamente la figura global a partir de los “pedazos” que presenta la liturgia en el curso de las celebraciones?² .

Vimos cómo la liturgia siempre está hecha de una combinación de tres dimensiones: palabras, objetos y gestos simbólicos, así como un ambiente, una atmósfera particular generada por elementos que acuden a los sentidos. Afirmamos así que, aunque estos aspectos de la liturgia afirman la fe cristiana, ninguno de ellos lo afirma en un lenguaje explícito y fácil que hay que coger espontáneamente. En consecuencia, la propuesta de fe que se despliega en modo litúrgico es “audible” para los participantes sólo en la medida de su familiaridad más o menos grande y previa con la fe proclamada por estas palabras y por estos gestos. Sin esta familiaridad, la liturgia, por muy bella que pueda ser, podrá por cierto ofrecer una apertura cierta sobre el espiritual, pero quedará sin embargo muy opaca. Veremos bien algo - una nariz, una boca - pero sin lograr reconocer alguna cara.

Que está en juego aquí, no es la comprensión perfecta de cada monición, invocación, proclamación, sino un buen “conocimiento suficiente” del corazón de la fe profesado a través del conjunto de estos textos y símbolos ya que es kerigma que, de varios modos, es profesado a lo largo de la liturgia, por toda la asamblea, incluido por los y las que participan por primera vez.

2 Ya que nuestro taller se interesa más específicamente por el mistagogia, que por la relación entre la liturgia y la catequesis que seguirá a la celebración, no abordaremos detalladamente la cuestión de la preparación requerida previamente a la celebración. Veremos sin embargo más adelante que la mistagogía está completamente hueca si no tiene una catequesis de calidad antes de la celebración, de modo que debemos decir sobre esto algo.

De la liturgia hacia la catequesis – la mistagogia

Absolutamente había que insistir en la importancia de una frecuentación asidua del kerigma ANTES DE la celebración con vistas a abordar el tema principal de nuestro taller. “Mistagogia” he aquí una palabra hecha a la moda en el curso de los últimos años. Sin embargo, como para todo término que suscita el abuso, las reflexiones a propósito de eso tienden a irse en todos los sentidos. ¡Habrà que pues hacer “un poco de “hogar”!

La etimología de la palabra puede en efecto prestar a interpretaciones diversas. Reconocemos bien en esta palabra dos raíces griegas: “mysta-” y-”gogie”.

“Mysta” como en “mysterion”, que puede designar de modo general el concepto de “misterio”, pero que se hizo muy temprano el término técnico que designaba lo que en latín se acabó por apelar “sacramentum”, los SACRAMENTOS. Así es como, por ejemplo, Juan Crisóstomo, utiliza este sentido específicamente ritual para hablar del “que va a acercarse a misterios sagrados y temibles”. Precisemos aquí que la palabra “mystèria” está formada a partir de la misma raíz que la palabra “myôn”, “la iniciación”. Es decir cómo, al principio, los gestos sacramentales, llamados “misterios”, estaban en el corazón del proceso iniciático.

· “Agogein”, verbo que esencialmente designa una marcha guiada, como en el término más conocido de “pedagogía”.

A partir de estas dos raíces, algunos sacaron de allí que la mistagogia, era, en un sentido muy amplio, “la entrada al misterio”. Entonces definir la mistagogia como una “entrada al misterio” tiene muy poco interés ya que toda la vida de la Iglesia está destinada a “entrar en el misterio”. Si todo se vuelve mistagogia en virtud de una definición demasiado amplia, esto no tiene nada de específico, el concepto no es muy operativo, y prácticamente pierde todo su interés.

Entonces los que inventaron el concepto de mistagogie, hace varios siglos, no lo referían en este sentido amplio. Para ellos, el "mystèria" no era de modo global el "misterio de la fe" sino más bien los gestos rituales específicos que se acabaron por llamar más tarde "sacramentos". Así, en sentido literal, mistagogia "significa" marcha guiada a través de los misterios", "marcha guiada a través de los sacramentos". Para ser todavía más preciso, refiriendo la raíz "agogein" en su sentido de enseñanza, definiremos la mistagogia como una enseñanza A PARTIR de los sacramentos. Es decir, de allí mystagogie, más bien que de ir HACIA el misterio - ¡qué es también algo muy interesante! - PARTIMOS del misterio / sacramento para avanzar en la fe.

"Lo que vimos, tocado, oído... es el Verbo de vida " (1 Jn 1,1)

Esta frase de la 1ª carta de San Juan nos habla de la capacidad del creyente que expresa la fe como un encuentro con Cristo-verbo experimentada por los diversos sentidos. Por consiguiente la liturgia es esencialmente una experiencia sensorial: acude sobre todo a la vista y al oído, pero igualmente, en una menor medida, al olfato (cirios, crisma), según el gusto (pan y vino) y al tacto (unción, beso de paz). Hay pues allí un potencial evidente de comunión con el Verbo de vida. Pero no es evidente, ni automático. La cuestión que se pone aquí, es: ¿en qué condiciones la experiencia sensorial de la liturgia podrá "ser vista, tocada, oída... del Verbo de Vida"?

La respuesta a esta cuestión nos vuelve primero a lo que vimos en la sección precedente: para poder encontrar a Cristo presente en la liturgia, hay que primero poder RECONOCERLO allí dónde se da a ver, a oír, a tocar en el mismo corazón de los actos litúrgicos. Para repetir nuestra imagen, hay que saber reconocer la cara del Cristo donde se ve aparecer a veces los ojos o en la boca, y sutilmente la voz o el nombre... Es el rol de todo el trayecto catequético que precede a la celebración de crear progresivamente esta familiaridad, de hacer DISPONIBLE para la expresión litúrgica de la fe. Si esta "declarada disponibilidad" no se efectúa, podremos ver bien,

oír, contemplar cosas muy bellas, muy bien ejecutadas. ¿Pero cómo habremos tocado “el Verbo de la vida”?

Es aquí dónde sale a la luz todo el interés de la mistagogia. Es la catequesis mistagógica que permitirá nombrar el Verbo de vida encontrado - o no - en la celebración litúrgica. Es lo que nos hace realizar ya, es lo que hay que considerar absolutamente las cosas de modo global y articulado: hay un lazo de continuidad directa entra el trayecto catequético que precede la liturgia, la celebración misma y la actividad mistagógica que seguirá esta celebración. Tratemos ahora de ver a qué puede parecerse una catequesis mistagógica.

Indicaciones para la puesta en ejecución de las catequesis mistagógicas

Las cuestiones que hay que ponerse ahora son pues: primero, ¿qué hay que releer en una celebración litúrgica? ¿Luego, cómo pilotar esta segunda lectura?

Se trata de una actividad catequética, lo que significa que el objetivo del camino es procurar que la persona, comprendiendo mejor la fe cristiana, profundice la intimidad de su relación a Cristo. En consecuencia, la segunda lectura que hay que hacer debe interesarse en dar a luz lo que contribuirá a esta mejor comprensión de la fe. Nos apoyaremos evidentemente en las tres dimensiones de la liturgia desarrolladas más arriba: releer lo que se juega en la experiencia psico-emotiva suscitada por la sumersión en la atmósfera litúrgica; releer la experiencia vivida por el recurso al lenguaje simbólico; releer el encuentro con Cristo reparado en sus expresiones diversas textuales y verbales.

Releer la experiencia psico-emotiva

Interesarse por los efectos psicológicos y emotivos que suscitó la celebración no tiene nada de secundario. En efecto, para los neófitos, no sólo este bautismo era el primero, sino que hasta la liturgia

en general es todavía bastante extraña para ellos. Y aunque algunos de ellos a menudo fueron a misa, era sin embargo la primera vez que se les pedía ser protagonistas, situarse personalmente allí como tuvieron que hacerlo. Lo que es más, la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, por naturaleza, confiere un estatuto nuevo y, por, una relación nueva con la comunidad de los hermanos y hermanas. Hay pues allí algo que es importante dar a luz: Nombrar la experiencia que constituye el hecho de estar considerado en lo sucesivo como un miembro separado de una comunidad, nombrar los efectos psicológicos de hacer una profesión de fe pública al Dios de Jesús Cristo, nombrar las emociones sentidas con ocasión de este acto en presencia de un lenguaje simbólico que, por la belleza, quiere dar acceso al Bello por excelencia, etc.

Verbalizar esta experiencia psico-emotiva, ya es nombrar “lo que oímos, lo que contemplamos de nuestros ojos, lo que vimos y lo que nuestras manos tocaron del Verbo de Vida” (1Jn 1,1). La animación de una catequesis mistagógica debería apuntar a lo que los otros dos planes de relectura puedan apoyarse en esta postura en palabra de la experiencia psico-emotiva.

Releer los enunciados de la fe en el registro simbólico-ritual

La mistagogia procurará desplegar ampliamente el potencial del lenguaje simbólico como expresión de la fe cristiana, procurando hacer nombrar a los participantes dónde y cómo percibieron esta fe a través de estos objetos, estos gestos, estos ritos. Recordemos sin embargo, a riesgo de repetirnos, que los gestos simbólicos, por naturaleza, no son unívocos. El agua, el fuego, el pan no reenvían automáticamente la especificidad de la fe cristiana. Se tratará pues aquí de ayudar a hacer los puentes más sólidos posibles entre la fe expresada simbólicamente y la fe integrada durante el trayecto de catequesis de iniciación. Pudiendo también apoyarse en la mayor calidad posible de ejecución de los gestos litúrgicos mismos.

Habremos comprendido desde lo que es ilusorio pensar poner en ejecución catequesis mistagógicas si la celebración sacramental no ha sido preparada por una iniciación cristiana íntegra, no centrada sobre el misterio pascual. A falta de esto, los neófitos tendrán quizás alguna cosa que decir sobre lo que vieron, tocaron, oyeron. ¿Pero sabrán decir que vieron, tocaron, oyeron el Verbo de Vida?

Releer los enunciados de la fe en las palabras de la liturgia

Evidentemente un paso mistagógico debe también incluir la fe que se dice en las palabras mismas: las oraciones, las moniciones, los textos de la Palabra, los textos de los cantos... Se tratará entonces de guiar, a través de un paso acompañado, para que sea reformulada la fe que se dice en este lenguaje evocador y poético de la liturgia, que no es un tratado de teología sino donde se dice de modo eminente la fe de la Iglesia: *lex orandi, lex credendi*.

He aquí pues tres dimensiones diferentes y complementarias, de lo que ha propuesto la liturgia. El desafío que se nos presenta, es dar prueba de creatividad con el fin de desplegar pasos que sabrán permitir que la fe así expresada sea nombrada. Por supuesto, cuando se les concederá la palabra a los participantes, la fe que nombrarán probablemente lo será de modo un poco débil. La calidad de una catequesis mistagógica dependerá de la capacidad del catequeta a acoger estas palabras imperfectas, de hacerlas trabajar las unas con las otras y de nombrar allí ellos mismos, con toda la delicadeza requerida, su propia formulación de la fe de la Iglesia.

